



Las sombras de la libertad



*Y un día, les abrieron las puertas de la libertad.
Y se derrumbaron los cuatro muros, opresivos y
protectores; tenían que hacer frente, desnudos,
a la intemperie de la vida.*

*El liberado es un hombre que encuentra a
unos hijos que son otros, a una mujer que vivió
con él y sin él, por años.*

*El liberado es un hombre empujado a recomponer
su serhumanismo, tanto tiempo reprimido,
miedoso de la luz.*

*Cara al desafío de ser libre: prender una lámpara,
abrir una puerta, comer cuando se le antoja,
caminar con las manos en los bolsillos
por los cuatro rumbos de la tarde.*

*Uruguayo, además: un probable desocupado,
un sin techo.*

Obligado, de todos modos, a vivir.

Las sombras de la libertad

Había olvidado el reloj en la mesa del comedor, así que tomó la gran decisión: se levantó, caminó seis pasos, puso —aún temeroso— la mano en el pestillo de la puerta y empujó hacia abajo. Se abrió. El índice vacilante pulsó el interruptor y la habitación se iluminó. Fue un banquito de metal que se llevó por delante el que lo delató.

—¿Con qué te pegaste? —preguntó la mujer.

—Con la libertad —pensó él.

Quienes durante estos años no pasamos por ahí, quizás tengamos una lejana —por no experimentada— idea de lo que supone la tortura física y psicológica que soportaron los presos políticos uruguayos durante el cuartel (digna promesa del infierno), el penal y el frecuente deambular, de calabozo en calabozo, por el interior de la República.

Muy pocos, sin embargo, llegamos a sospechar el alcance de esa otra tortura que aparece en medio de la más esperada, de la más grande de las alegrías: el momento de enfrentarse con la libertad.



I. La reinserción en sí mismo

«En el penal todo está perfectamente organizado y planificado para que vos no seas vos», explica la psicóloga Lil Colonna, quien no sólo sabe de lo que habla por asistir a muchos liberados, sino porque posee la inconfundible mirada de quien alguna vez lo vivió.

«Sos un número, sos exteriormente igual a los demás, comés del mismo tacho, tu habitat es el mismo que el de cientos de los que están en tu situación, hacés cada día los mismos movimientos que ellos, a la misma hora», dice Lil.

«Ellos son dueños de tu persona, vos sólo estás para cumplir órdenes, para esperar ser sancionado y por supuesto, no decidís nada, ni la más mínima cosa que tenga que ver con tu existencia».

«Por otro lado, sabés que allí, en el penal, hay incuestionablemente dos bandos: el tuyo (los grises) y el de ellos (los verdes) y entonces entrás en una batalla diaria y constante con el enemigo, hasta en los ínfimos detalles: que no se dé cuenta de que algo no te gustó, que no se avive de que un compañero está con el raye (deprimido), que crea que te importa bien poco no salir al recreo».

Lil explica que esta situación significa que el preso está conviviendo con el enemigo durante años, siempre a la defensiva, siempre esperando qué va a hacer para resistir, para contraatacar sin que conscientemente lo note, para no dejarse humillar, para no dejarse herir.

«Por otro lado, en la casi imperceptible área de dependencia que tenés (cómo ordenar las cosas sobre la cama o la mesa, dónde ponés el tabaco, si en el rincón, al lado o más lejos del termo), establecés un orden sólo violado por la requisa».

Un preso sólo está con su compañero de celda y si está entre muchos es durante media hora al día, «jugando al fútbol, pero con varios de ellos apuntándote, sin poder pararte a conversar con más de uno y sin poder correr a buscar la pelota o puitar al que te hizo el fau».

Este mundo encorsetado en el que vive es incorporado a cada uno de sus hábitos y llevado con él a la civilización.

«El choque de él con él es inevitable, afirma la psicóloga, porque de pronto ve que lo marea tanta gente desordenada, cruzar la calle es una experiencia de alto riesgo y en los primeros tiempos no se anima a servirse la comida, a abrir la heladera o ir al baño sin pedir permiso. Se ve raro con ropa de colores y de gente y con el pelo largo».

La respuesta a este choque se manifiesta principalmente de dos formas. Unos están eufóricos, niegan la existencia de estas dificultades naturales que surgen del enfrentamiento con la realidad, juran que están perfecto, que lacárcelsólo fue un frente más delucha y que salieron mejor que nunca, y mantienen sus defensas en pie. En algunos casos acuden inconscientemente al delirio (que muchas veces fue útil y necesario cuando se encontraba en situaciones extremas de dolor físico o aislamiento).

«Aquí, dice Lil Colonna, la pregunta es si pasará mucho tiempo con esas defensas o si reaccionará. Si pasan años antes del estallido, éste puede tener derivaciones que aún no conocemos».

El otro grupo es el de los que ven que las defensas —la represión emotiva— es imposible de mantener con su familia y con todo el entorno de su reencuentro con una vida anterior. La tristeza y la melancolía, normales en esas circunstancias, lo llevan a consultar al psicólogo o al psiquiatra.



II. ¿Y ese quién es?

«El liberado que llega a su casa es para la familia un extraño en el sentido cotidiano de la palabra», asegura Lil.

«Es el que desordena las cosas, o, por el contrario, trata de imponer su propio orden, y el que rompe cosas por inhabilidad. Intenta, casi siempre sin éxito, imponer el principio de autoridad sobre sus hijos, generalmente adolescentes acostumbrados a obedecer a una madre ya débil de tanto dolor y sacrificio junto».

«Sé todo lo que sufrió y es mi padre, pero no puede pretender que en unos días lo quiera», se quejó un adolescente durante una sesión de terapia con su psicóloga.

A veces se da también el sentimiento de culpa por haber provocado el sufrimiento de la familia: una mujer que queda sola y así debe luchar contra todo, y por otro lado, adolescencias e infancias interrumpidas por la necesidad de trabajar, o de cumplir un rol inadecuado para la edad.

La nueva distribución del tiempo de la mujer, otras amistades, diversas ocupaciones, y la costumbre de no dar cuenta a nadie de sus horarios se ven alterados de golpe; a veces la reorganización no da resultado.

La evolución de los casos hizo concluir a quienes los siguieron, que las familias que antes de la detención de uno o dos de sus miembros funcionaban bien, con vínculos estrechos, logran superar la situación.

Las familias con problemas anteriores a la detención terminan por hacer crisis definitivamente, si ya no la habían hecho, y mantenían una normalidad artificial.

En ese cuadro, el ex detenido se siente culpable y muchos casos extremos se evade invocando la necesidad de la militancia y olvidando lo demás.

El choque de la libertad provoca dos respuestas, la euforia y la melancolía

III. Trabajo = Libertad definitiva

Los psicólogos, médicos, asistentes sociales y liberados consultados coincidieron en señalar que la verdadera victoria en la batalla por la reinserción comienza con el trabajo.

Trabajando se soluciona el problema de la vivienda, de la cobertura de atención médica para la familia y la violencia psicológica de la dependencia económica.

Los liberados, como cualquier uruguayo, se ven enfrentados a la escasez de puestos de trabajo, pero también deben cargar con la pérdida de la habilidad en el oficio o profesión, la reserva de un patrón hacia el ex preso político, o graves impedimentos físicos para desempeñar algunas tareas que —en caso de tener la oportunidad de hacerlo— igual aceptan.

La Comisión del Reencuentro calcula que un 58 por ciento de los liberados no tienen posibilidades de trabajar. La mayoría de los desocupados —un 77 por ciento aproximadamente— tiene entre 30 y 50 años, lo que suma el problema de la edad a la lista de dificultades.

“No nos creemos héroes ni esperamos monumentos de ningún tipo. Tampoco pedimos ser privilegiados en el otorgamiento de puestos de trabajo. Simplemente creemos justo que se nos tenga en cuenta —mediante el establecimiento de una cuota de liberados, por ejemplo en los llamados a provisión de cargos en la Administración Pública—, nos dice Aurelio Pérez, activo trabajador del sector en la Comisión del Reencuentro.

“En todos estos años uno pierde las amistades, los contactos con gente que te puede ayudar y lo que reclamamos es que la falta de esos vínculos la supla el Estado, atendiéndonos mediante esa cuota en la medida de sus posibilidades”, explica Pérez.

Una solución para muchos liberados desocupados está siendo la creación de cooperativas de diverso tipo por parte de organismos de solidaridad, especialmente el Servicio de Rehabilitación Social (SER-SOC), en coordinación con el Servicio Ecuménico de Reintegración (SER) y el SERPAJ.

“Es poco lo que podemos hacer, porque el comienzo de solución siempre es el mismo: encontrar trabajo”.

IV. Los viejos de 35

Los trastornos síquicos o psicológicos que deja la cárcel son, quizás, sobre los cuales tenemos más información y sabemos también, que a pesar de los más esmerados esfuerzos, la destrucción del individuo no pudo lograrse y los liberados constituyen el grupo más fuerte ideológicamente, más convencido y más militante.

El deterioro físico es sobre el que menos datos existen en cuanto a sus consecuencias y sobre el que más “logros” obtuvieron los verdes.

Los trastornos físicos que se comprueban en los liberados son fácilmente distinguibles, provenientes de dos situaciones: los del cuartel y los del penal.

La doctora Jaureguy explica que si bien de la tortura en los cuarteles quedan secuelas físicas irreversibles, “la cana” prolongada deja otras, quizás más serias.

Entre las adquisiciones del cuartel se cuentan la sordera, fractura de tímpano, infección ocular, rotura de miembros, inmovilidad del pie como consecuencia de los taczos de bota, trastornos musculares y articulares en los brazos a causa de las colgadas o por haber permanecido mucho tiempo con las manos atadas a la espalda o esposados.



No se creen héroes ni esperan monumentos de ningún tipo; tampoco piden ser privilegiados en la distribución de puestos de trabajo; simplemente quieren hacer comprender que estos años de prisión los alejaron del mundo, ahuyentaron sus amistades, les quitaron el piso.



Los largos años de prisión provocaron a la gran mayoría una curiosa y específica dolencia que consiste en la alteración importante de los ligamentos y de los músculos, que curiosamente no se ve expresada en los exámenes radiológicos, según nos dice la doctora.

La úlcera, la gastritis y la diarrea son, por supuesto, características durante y después del penal.

La aparición de enfermedades cuya generación está relacionada con la inmunidad (como el cáncer de testículo y de ovario) aún no pudieron ser evaluadas en toda su dimensión puesto que suelen aparecer con los años.

“No podemos predecir lo que puede pasar dentro de algún tiempo con lo que fue la población de Libertad y Punta de Rieles. Los alcances pueden ser impensables, teniendo en cuenta que la mayoría de los hoy recién liberados promedian los 35 años y ya tienen dolencias y fallas irreversibles de personas de 50 ó 60 años, algunas de las cuales transmitirán a su descendencia”, asegura la doctora Jaureguy.

V. Los suicidios posteriores a la liberación

Ante la consulta por los supuestos suicidios de Vázquez Clavijo y Pablo Orgambide, así como de otros recientes liberados, la psicóloga Lil Colonna explicó que aunque aún no están terminados los estudios iniciados al respecto, considera casi segura la existencia de trastornos síquicos anteriores incluso a la detención o, de lo contrario, que aparecieron durante la estadía en el penal y fueron reprimidos.

“Es posible que si la perturbación apareció en el penal haya sido reprimida por mucho tiempo, tanto por el control y el apoyo que en ese sentido siempre hubo entre compañeros como por la misma persona, consciente del daño que podía causar a su alrededor si caía, concediéndole una victoria al enemigo”.

VI. La lucha siempre

La problemática común y los años de convivencia crearon la necesidad de seguir trabajando juntos, por encima de los diversos grupos políticos.

La Comisión del Reencuentro los agrupa en el sector liberados, en cuya plataforma reivindicativa se incluyen principalmente demandas en las áreas salud, vivienda, trabajo y jubilaciones.

Los liberados reclaman una indemnización a quienes quedaron imposibilitados para trabajar como consecuencia de las torturas o el largo período de confinamiento y el otorgamiento de un Seguro de Salud para el resto (en las mismas condiciones que el que reciben los exiliados por parte de la Comisión Nacional de Repatriación).

Aspiran a que se los tenga en cuenta como ahorristas del Banco Hipotecario en el momento del otorgamiento de líneas de crédito (a los que están ocupados).

Solicitan la implantación de la ya mencionada cuota para la provisión de cargos en la Administración Pública y el reconocimiento de los años de reclusión como causal jubilatoria.

Reiteran su negativa a que se los considere mártires. Luchan, con la misma fuerza y con la misma convicción que en el momento de la caída por una sociedad más justa para todos.

Tienen la misma confianza que da la certeza de que fue la resistencia del pueblo la que los liberó.

Buscaron un mundo más solidario para entregarnos y en eso todavía están, codo a codo con muchos de nosotros.



Sólo Simón será la libertad

Todavía confundida y sin haberse re- puesto de la sorpresa del reencuen- tro con un paisaje que muchas veces dudó volver a ver, se apuraba por Rivera miran- do alternadamente la pared a su izquierda y la de la acera de enfrente, a su derecha.

Buscaba esas señales de las que le ha- bían hablado, tímida y enorme demostra- ción de que el Uruguay verdadero estaba allí, otra vez a la ofensiva; quería ver las pintadas.

Era mayo de 1981, Sara Méndez, maestra, 37 años, acababa de salir de Punta de Rieles y empezaba una búsqueda que aún hoy no terminó pero cuyo inicio quizás estuvo alentado por la aparición de esas señales.

Sara buscaba a Simón Riquelo, su hijo de 20 días que le fue robado de los brazos el 13 de julio de 1976, cuando junto a 19 de sus compañeros fue secuestrada en Buenos Aires con el consiguiente honor de haber pasado por Orletti.

Días después de ser trasladada a Mon- tevideo tuvo también otros honores: Bu- levar Artigas y Palmar, Punta Gorda antes de que se la hiciera protagonizar la farsa de Shangrilá (donde Gavazzo descubrió un chalet en el cual 20 enemigos de la pa- tria almacenaban armas para ser utilizadas en una serie de operativos contra la nacio- nalidad oriental, en la que reinaba el or- den, la paz, el amor y la seguridad).

"De mi hijo no había tenido noticias hasta diciembre de 1976, cuando mi fami- lia puede visitarme por primera vez y me asegura que no lo tiene (yo tenía la espe- ranza de que me lo hubieran rescatado) —explica—. No pensaba nada más que en las diversas formas en que mi familia po- día empezar la búsqueda y durante las vi- sitas sólo me importaba saber qué estaban



haciendo al respecto".

En el '80 había hablado de su caso con la primera delegación de la Cruz Roja que visitó el Penal y con el Embajador de In- glaterra a quien le fue permitido entrar a Punta de Rieles. En esos días casual- mente, se habían vendido unas cuantas toneladas de carne a Inglaterra.

"Sólo pude plantearle lo de mi hijo en público, lo que me valió un mes en el ca- labozo", recuerda.

"Aunque salí en el '81 —dice—, decidí que tenía que quedarme para buscar a Si- món. Aquél era un período muy particu- lar: si bien estábamos en plena dictadura, las cosas ya pasaban a estar del lado del pueblo. El plebiscito había cambiado mu- cho las cosas".

La libertad de Sara estaba entre comi- llas en aquel momento, porque cada 15 días estaba obligada a recordar viejos tiem- pos: tenía que presentarse en el cuartel de Infantería 14, de Camino Maldonado.

De todas formas —continúa— salir de Punta de Rieles no era lo mismo que salir de Libertad. A nosotros se nos veía un poco más normales y yo creo que se debe a que nunca dejamos la vida en grupo. A pesar de que con el hacinamiento se in- tentó crearlos la incomodidad y los con- flictos naturales de la convivencia apretu- jada, nos hicieron el gran favor de conver- tirnos en una hermosa comunidad".

"No obstante —agrega— esa libertad restringida nos diferenciaba de la gente,

como también, a pesar de parecer norma- les, nos diferenciaba el haber pasado por una situación extrema como es la tortura".

Cuenta que su reinserción se vio facili- tada por haber empezado a trabajar a los 20 días de la salida, "pero bancándome que del cuartel llamaran a mi trabajo para confirmar si efectivamente yo estaba allí y también —lo que a muchos compañeros les valió perder el puesto— para intimidar a la empresa por haber contratado a un ex preso".

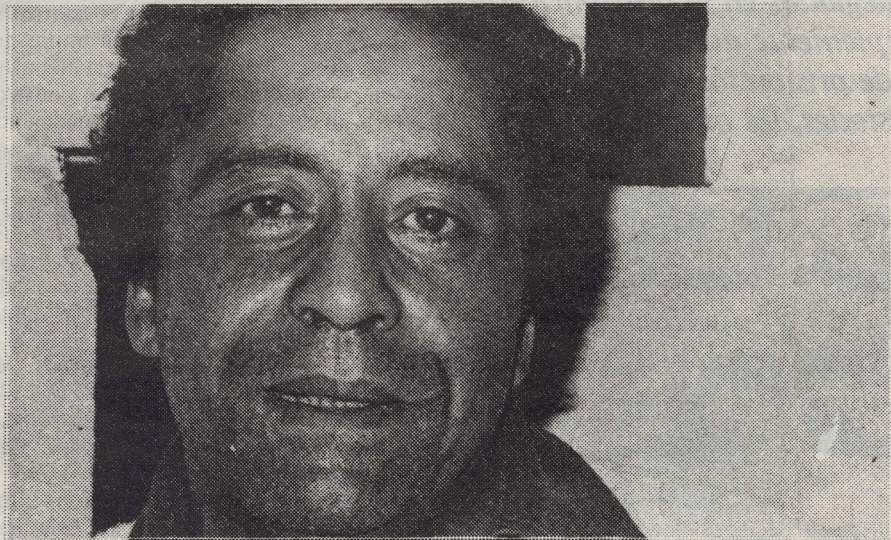
Estaba obligada a pedir autorización para salir del departamento de Montevi- deo y siempre con anticipación.

"¿Qué reinserción iba a ser si los tenía encima por cualquier cosa que decidía ha- cer y debía cuidarme de no comprometer a la gente que se me acercaba!".

"Una vez fuimos a acampar a La Palo- ma, y yo iba con la consiguiente carta del cuartel para presentar en la seccional de la zona. La presenté. Todavía no habíamos terminado de armar la carpa cuando ya se había aparecido el milico a fichar a todos los que estaban conmigo —inclusive a los niños—. Después, durante nuestra estadía venían visitas de la misma procedencia a cada rato".

Esa vigilancia permaneció hasta fines del 84, "año en que se pusieron especial- mente fastidiosos después de que yo fui a declarar a Argentina acerca del caso de mi hijo".

"Creo que nunca voy a estar libre, por- que estoy incompleta. No puedo proyec- tar nada, porque todo está supeditado a la búsqueda. Estoy siempre pendiente de cualquier pista y cada desilusión es como si me volvieran a meter presa. La sonrisa de mi hijo para mí es la única firma váli- da de libertad".



Negro, de acá vas a salir, pero no te hagás ilusiones de que vas a servir para algo", le había dicho Gavazzo uno de los 100 días en que estuvo en el cuartel de La Paloma, en el Cerro.

"Cómo me gustaría verlo ahora pa- ra poder decirle todo lo que se equivo- có", dice Tomás "Polo" González.

"A mí me hicieron un favor —cuen- ta—, porque además de haber salido mucho más seguro, con unas ganas tre- mendas a seguir la lucha, me encontré con una familia maravillosa".

Polo —de 45 años, padre de cuatro hijos y abuelo de cuatro nietos— se re- cibió de trabajador a los cinco años, como peón de tambo en el departamen- to de San José.

"Por eso no te puedo negar que me jode no trabajar, pero la cosa está muy difícil, no sólo por mi edad, sino por- que en lo mío —soy planchador de confecciones— la ocupación se redujo a la cuarta parte".

Como recuerdo de su estadía en Li-

bertad entre 1975 y 1984 tiene una afección cardíaca que le impide desem- peñar muchas tareas. Tiene un alquiler de 8 mil pesos y con lo que su mujer gana por la limpieza de una oficina es imposible pagarlo.

"Así que estamos viviendo gracias a la ayuda de mis hijos. Por suerte una de las muchas cosas que ellos compren- dieron estos años es que mi lucha como militante activo junto a la clase trabajadora es también un puesto de trabajo".

Polo dice que lo que más le costó asimilar a su salida del penal fue la enorme pérdida del nivel de vida y del poder adquisitivo del pueblo.

"Yo siempre había sido obrero, y aunque me costaba bastante, en mi ca- sa había siempre dos platos de comida por día para todos, y de comida decen- te. Cuando volví y vi lo que comía mi familia no lo podía creer y menos to- davía, cuando empecé a ver que la co-

Polo o el error de Gavazzo

sa era generalizada".

La otra sorpresa para él fue la gente.

"Probablemente, los que vivieron el proceso del pueblo durante la dictadu- ra inmersos en él no lo notaron, pero resulta conmovedor darse cuenta de la madurez que alcanzó, en especial la juventud".

"Porque los jóvenes no habían co- nocido el fascismo, no estaban preveni- dos contra él, y a pesar de las más de- puradas técnicas que utilizó para inutilizarlos, para hacerlos olvidar u ocul- tarles muchas cosas, los jóvenes se con- virtieron en un símbolo y un ejemplo aun para nosotros".

Para Tomás González, "el negro Po- lo", la libertad que le dio la apertura de su celda es, dice, sólo una parte de la libertad que yo quiero".

"La libertad es la conquista de cada día, de cada avance para nuestra causa".

La otra liberación

Con las puertas de las cárceles se ha abierto entre otras cosas, la difusión de la verdad.

Muchos eufemismos perdieron vi- gencia y quienes quisieron seguir usán- dolos se metieron en la simple y terre- nal mentira.

Las esposas de militares —tortura- dores o no—, explicaba la sicóloga Lil Colonna, si bien no sabían todo, la ma- yoría se imaginaba mucho, aunque lo mantenía más o menos bloqueado, pa- rá poder vivir.

Ya en épocas más recientes, cuando los nombres, cargos y direcciones fue- ron públicos, las crisis surgieron.

"Hay esposas de torturadores que consultan por ellas y también mandan a sus hijos".

Lil dice que en una oportunidad un torturador y su asistente solicitaron ser sometidos a terapia, manifestando arrepentimiento y estados depresivos.

"Nuestro gremio, luego de varias entrevistas con ellos, llegó a la conclu- sión de que no los atendería debido a que de las consultas previas se conclu- yó en que sólo buscaban un respaldo para el caso de que se les presentara un juicio y que no estaban arrepentidos en ningún sentido".

El caso del hijo de 8 años de un co- nocido torturador que se enteró de la condición de su padre por sus vecinos fue uno de los primeros de los tantos que a medida que pasa el tiempo em- piezan a aparecer.

El niño tiene un gran resentimiento contra su padre y desde que conoce su condición, pasa la mayor parte del día en la calle o en el comité de base del barrio. ("La madre, dice Lil, no sé si está más desesperada porque el hijo es- tá en la calle o en el comité").